

Jan Douwe van der Ploeg, Catedrático de Estudios de Transición.
Universidad de Wageningen, Hollandseweg 1, 6706 KN Wageningen (Países Bajos).
Correo electrónico: jandouwe.vanderploeg@wur.nl

Journal of Agrarian Change, Vol. 10, N° 1, enero de 2010, págs. 98–106 del original inglés.

La crisis de los alimentos, la agricultura industrializada y el régimen imperial

JAN DOUWE VAN DER PLOEG

En este trabajo se sostiene que la crisis alimentaria no solo puede equipararse con bruscos aumentos de precios de los alimentos, ni tampoco puede ser vista como algo que, simplemente, ha sido inducido por el mercado. El aumento sin precedentes de los precios en la primera mitad de 2008 y los precios extremadamente bajos que siguieron a ese aumento son expresiones de una crisis subyacente mucho más amplia y mucho más persistente, que ha ido germinando durante más de una década. Es el resultado de varios procesos combinados de carácter complejo, incluida la industrialización de la agricultura, la liberalización de los mercados de alimentos y productos agrícolas y el auge de los imperios alimentarios. La interacción de estos procesos ha creado una crisis agraria mundial que ha provocado la crisis alimentaria polifacética. Ambas crisis se aceleran mediante sus interacciones con la crisis económica y financiera, que es más extensa.

Palabras clave: crisis agraria, crisis de los alimentos, liberalización, régimen alimentario imperial

INTRODUCCIÓN: ESPECIFICIDADES Y GENERALIDADES

A comienzos de 2008, el mundo se enfrentaba a bruscos y pronunciados aumentos en los precios de los alimentos, y esa crisis amplió considerablemente la proporción de la población mundial que padecía hambre, incluso en los países desarrollados. Pronto quedó claro que ya no podía darse por sentado el acceso a alimentos asequibles. Inicialmente se argumentó que los aumentos de precios reflejaban los desequilibrios temporales en los mercados de productos básicos pertinentes, aunque otros análisis sugirieron que el mundo podría enfrentarse a carencias a largo plazo. Banse *et al.* (2008) sostuvieron que sería difícil mantener el crecimiento de la productividad en la agricultura habida cuenta del crecimiento demográfico, la creciente demanda de biocombustibles, los cambios

esperados en los patrones de consumo en China y la India y los efectos del cambio climático. Todas estas presiones fueron examinadas en el Informe sobre el desarrollo mundial de 2008 (Banco Mundial, 2007), el primero que se centra en la agricultura en los últimos 20 años, en el que se diagnosticó una 'larga década de desatención de la agricultura'¹. No obstante, las respuestas prescritas en el informe resultaron sorprendentemente familiares: más inversión, sobre todo en investigación biotecnológica, más libertad de mercado y la necesidad de evitar cualquier tentación de volver al proteccionismo. Esta última afirmación se hizo principalmente para destacar que cualquier gobernanza pública de los mercados agrícolas y alimentarios o cualquier intervención en ellos debería considerarse un tema tabú². En cambio, el *mercado* debería integrar activamente a los agricultores a pequeña escala, una recomendación reiterada por la cumbre sobre la agricultura del G8 celebrada en 2008.

Los precios inflados a comienzos de 2008 respondían a *causas específicas*. Esas causas incluyen la especulación, los niveles extremadamente bajos de las reservas mundiales de cereales (recortadas activamente como parte del proyecto neoliberal), las condiciones climáticas extremas en los principales países productores de cereales y el impacto de los biocombustibles. No obstante, estas causas específicas solo desencadenan una crisis alimentaria al producirse en un contexto que ha cambiado drásticamente. El nuevo 'régimen alimentario corporativo' o 'imperial' (Ploeg 2008, p. 256; McMichael, 2009, p. 237), que regula cada vez más la producción, el procesamiento, la distribución y el consumo de alimentos, implica que desequilibrios relativamente pequeños en los mercados se traducen en grandes fluctuaciones en los precios. Esas fluctuaciones no solo pueden ser causadas por desequilibrios materiales, sino también por desequilibrios simbólicos; es decir, aquellos que están relacionados exclusivamente con las expectativas. La mera suposición de que podría haber una escasez (y la posibilidad de convertir este miedo en beneficio mediante negociaciones en *futuros*) fue, dentro de este nuevo régimen imperial, un factor importante en el desencadenamiento de los aumentos bruscos de los precios (véase también Ghosh, 2010, *en esta publicación*). De la misma manera, las expectativas cambiantes (relacionadas en parte con los cambios materiales en las relaciones entre la oferta y la demanda) también

¹ Para una evaluación del Informe sobre el desarrollo mundial, véase Oya (2009).

² Sin embargo, resulta sumamente ingenuo suponer que, por ejemplo, Argentina no impondría impuestos de exportación sobre algunos de sus principales productos agrícolas para evitar los precios elevados en los mercados mundiales que benefician solo a un pequeño grupo de grandes terratenientes. También resulta ingenuo asumir que la India no introduciría una prohibición sobre las exportaciones de alimentos para evitar una profunda crisis sociopolítica como consecuencia de la escasez de alimentos.

La crisis de los alimentos, la agricultura industrializada y el régimen imperial

provocaron los niveles de precios extremadamente bajos que siguieron al máximo registrado a mediados de 2008, lo que se tradujo en una caída generalizada en la producción agrícola, especialmente en Europa y los EE.UU. A su vez, esto puede provocar otra oleada de presiones alcistas sobre los precios. Por lo tanto, la turbulencia se está convirtiendo en una característica permanente del nuevo régimen alimentario, en detrimento tanto de los agricultores como de los consumidores. Hoy en día nos enfrentamos a la combinación aterradora de una crisis agraria que evoluciona y una crisis de los alimentos altamente diferenciada, pero cada vez más generalizada.

LOS ORÍGENES DE LAS ACTUALES CRISIS AGRARIAS Y ALIMENTARIAS

La actual crisis agraria procede de la interacción de: 1) una industrialización parcial de la agricultura, pero que sigue un curso constante; 2) el surgimiento del mercado mundial como el principio ordenador de la producción y la comercialización de productos agrícolas; y 3) la reestructuración de las industrias de procesamiento, las grandes empresas comerciales y las cadenas de supermercados en 'imperios de la alimentación' que ejercen un creciente monopolio sobre toda la cadena de suministro de alimentos. Estos tres procesos se mezclan en la creación de un nuevo régimen de alimentos en todo el mundo, que afecta profundamente a la naturaleza de la agricultura, los ecosistemas sobre los cuales se sustenta la agricultura, y la calidad y distribución de los alimentos. La constelación resultante es extremadamente sensible a las perturbaciones externas, que es precisamente lo que ocurrió en la interfaz entre las actuales crisis agraria y alimentaria, por un lado, y la crisis económica y financiera general, por el otro.

El primer proceso, es decir, la industrialización de la agricultura, está bien documentada y analizada (véase, por ejemplo, McMichael, 1994). Varias dimensiones de este proceso tienen una influencia capital en la crisis actual. La agricultura industrial conlleva una desconexión, a menudo extrema, entre agricultura y naturaleza y localidad: con factores de crecimiento natural (como la fertilidad de los suelos, el estiércol de elevada calidad, las variedades cuidadosamente seleccionadas y las razas adaptadas al medio local) que son reemplazados cada vez más frecuentemente por factores de crecimiento artificial implícitos en insumos externos y nuevos dispositivos tecnológicos. En lugar de basarse en capital ecológico, la agricultura ha desarrollado una dependencia del capital industrial y financiero. Esto ha llevado a que los costos variables se hayan convertido en una parte relativamente elevada y rígida del total de los costos de producción y ha reducido fuertemente el superávit (o margen) por unidad de producto final.

La crisis de los alimentos, la agricultura industrializada y el régimen imperial

Así pues, surgió otro ingrediente indispensable de la industrialización: el constante aumento del volumen de la agricultura debido a una necesidad intrínseca. En su conjunto, la disminución de los márgenes y el aumento del volumen constituyen una 'carrera hacia el abismo' (Marsden, 2003).

La permanente necesidad de aumento de volumen ha desatado de nuevo y, en la actualidad, característica decisiva: la agricultura es más dependiente de los mercados de capital. A fin de expandirse, las explotaciones agrícolas industrializadas han tenido que embarcarse en préstamos considerables. Su endeudamiento ha crecido exponencialmente. Las estrategias operadas por los agricultores involucrados en estos procesos también han cambiado considerablemente, pasando de estilos similares a los de los campesinos a una lógica empresarial. Mientras el estilo campesino se centra en la autonomía, el trabajo familiar y una base de recursos autocontrolados, la lógica empresarial se basa en la integración de los mercados y la competitividad. La lógica empresarial también permite la desactivación de la agricultura: cuando los márgenes se vuelven demasiado bajos, el capital se desplaza hacia actividades más rentables y las actividades agrícolas disminuyen. Como consecuencia de todo ello, la agricultura es más sensible que nunca a las tendencias económicas y las fluctuaciones. Sus cimientos han comenzado a seguir 'la lógica del mercado' (Friedmann, 1993).

A través de este proceso multidimensional de industrialización ha surgido un nuevo segmento agrícola: un polo de crecimiento de explotaciones agrícolas a gran escala, enormemente intensivas, especializadas, que requieren un entorno de mercado específico para continuar la expansión que necesitan. Se produce aquí una paradoja, ya que estas explotaciones requieren recursos tales como tierra, mano de obra, cuotas de producción, espacio ambiental y acceso a los mercados, así como disponer libremente de los productos básicos; necesitan también estabilidad de mercado para la planificación a largo plazo, las decisiones de inversión y el reembolso de las deudas. No obstante, estos requisitos, que son intrínsecos a la industrialización de la agricultura, se contraponen a la realidad de los nuevos mercados globales, liberalizados, que han introducido turbulencias donde es necesaria estabilidad. Al mismo tiempo, es importante señalar que, si bien se ha producido un considerable crecimiento de la productividad dentro de estas explotaciones agrícolas industrializadas, el proceso de industrialización también ha disminuido el ritmo de crecimiento en el sector agrícola en su conjunto. El crecimiento de las explotaciones agrícolas en expansión se ha producido a través de absorciones de otras explotaciones, y también ha dado lugar a grandes superficies agrícolas en las que el modelo de industrialización no ha podido aplicarse, y por razones ecológicas o

sociales ha quedado al margen.

La centralidad de los resultados financieros a corto plazo también ha provocado un deterioro a largo plazo de la productividad biofísica en los polos industrializados. La longevidad de las vacas lecheras, por ejemplo, se ha reducido de unos siete u ocho períodos de lactancia (o más) a solo tres, mientras que la eficiencia global de la utilización de nitrógeno ha disminuido de un 60 % en 1950 a menos del 20 % en la década de 1990. El uso de la energía y del agua de riego ha aumentado considerablemente, a pesar de que la eficiencia de su uso ha disminuido (Ventura 1995; Dries 2002). Por consiguiente, la agricultura industrial se ha convertido en un destacado contribuyente a los problemas ambientales, incluidas las emisiones de gases de efecto invernadero. Ha habido muchos intentos de transferir el modelo de agricultura industrializada a los países en desarrollo (la 'revolución verde' es el más significativo). No obstante, a menudo estos intentos han encallado debido a la falta de recursos necesarios para proporcionar seguridad a largo plazo (por ejemplo, a través de la regulación del mercado, los subsidios de precios y el apoyo financiero a las inversiones en las explotaciones agrícolas). Esos intentos también contradicen la complejidad de los ecosistemas y la 'imposibilidad de capturar' las poblaciones campesinas.

El segundo proceso es la reestructuración de los mercados bajo los auspicios del proyecto neoliberal. El Acuerdo sobre la Agricultura de la Organización Mundial del Comercio es, en este sentido, un hito importante (Weis 2007). Aunque solo el 15 % del total de la producción agrícola total mundial traspasa las fronteras *de facto* y, por lo tanto, forma parte de un mercado mundial, el 85 % restante (que circula en los planos nacional, regional y/o en los mercados locales) está ahora armonizado con los niveles de precios, tendencias y ratios que rigen el mercado mundial (EC 2006). La distinción anterior de los mercados interconectados y centrados a nivel local o regional, que hasta cierto punto reflejaba la especificidad de los precios relativos a los factores a nivel regional o local, está siendo reestructurada en un mercado mundial, que se caracteriza cada vez más por el mismo conjunto de niveles e índices de precios. Este mercado mundial también permite enormes flujos de productos básicos entre diferentes partes del mundo. Esa posibilidad, junto con la amplia mercantilización de los principales recursos (por ejemplo, tierras, agua, semillas), ha dado pie a una característica completamente nueva en el mercado agrícola y alimentario mundial: la intercambiabilidad absoluta entre los grandes sistemas agrícolas. Por ejemplo, hubo un tiempo en que la producción del espárrago era completamente desconocida en el Perú pero, en los últimos años, el país se ha convertido en el mayor exportador de espárragos del mundo. El 'sistema de los espárragos' viaja actualmente a China, donde las condiciones disponibles son

incluso ‘mejores’. Esta intercambiabilidad se aplica ahora a todos los productos frescos, lo que provoca turbulencias y una inseguridad considerable. Polanyi escribió una vez que ‘abandonar el destino del suelo y de los hombres a las leyes del mercado equivalía a aniquilarlos’ (1957, pág.216). Sus palabras se aplican claramente a los activamente ‘globalizados’ mercados de alimentos y productos agrícolas. Esta turbulencia no solo se refleja en marcadas fluctuaciones de precios, sino que también globaliza la inseguridad y amenaza la continuidad de muchos sistemas agrícolas.

La liberalización de los mercados agrícolas y alimentarios está íntimamente relacionada con el tercer proceso: el auge de los imperios alimentarios. Los mercados liberalizados se han convertido en un escenario en el que grupos agroindustriales luchan por la hegemonía. A través de una serie de absorciones aceleradas, facilitadas por la disponibilidad casi ilimitada de crédito, se han construido imperios alimentarios que tienen un control cada vez mayor sobre grandes segmentos de la cadena internacional de suministro de alimentos. Entre ellos se incluyen imperios sólidamente asentados como Nestlé, Unilever y Monsanto, que están en continua expansión, y también nuevos imperios alimentarios surgidos durante los últimos 20 años, como Ahold, Parmalat y Vion, el recientemente creado imperio de la carne de la Europa Noroccidental Vion (para revisar estas tendencias puede consultarse la publicación de 2008 del Grupo de acción sobre erosión, tecnología y concentración, o Grupo ETC). Estos imperios alimentarios ejercen un considerable poder de monopolio³: a los agricultores les resulta difícil a menudo, cuando no imposible, vender ingredientes alimentarios, y la misma situación viven los consumidores cuando tratan de comprar alimentos fuera de los circuitos que controlan esos imperios. Los imperios alimentarios cada vez representan con mayor claridad a una ‘mano visible’ que gobierna una gama de mercados, ejerciendo el control sobre importantes vínculos dentro y, especialmente, entre distintos mercados y, al hacerlo, han creado nuevas conexiones entre espacios de pobreza y de riqueza. Productos de alto valor como los espárragos, las verduras, el pollo, el cerdo, la carne, los productos lácteos y las flores se producen ahora en Perú, Kenya, Tailandia, Brasil, Argentina, Polonia y Colombia, respectivamente (aunque mañana podrían pasar a producirse en países como China, Ucrania y Madagascar) y transportados, a menudo por vía aérea, al noroeste de Europa las metrópolis de los EE.UU.⁴. Estos nuevos vínculos

3 A pesar de todo, ellas mismas son especialmente vulnerables: Ahold estuvo a punto de caer en bancarrota en 2002 y, posteriormente, en ese mismo año, se produjo el colapso de Parmalat, que dejó una deuda total de 14.000 millones de euros.

4 La crisis de la década de 1880 se resolvió parcialmente, al menos en Europa, a través de una sustitución masiva de la producción de cereales básicos por la de productos de alto valor, tales como carnes, hortalizas y quesos. Hoy en día, esa respuesta es imposible: los

permiten una gran acumulación de riqueza (Friedmann, 2004) y, al mismo tiempo, introducen enormes presiones bajistas en otros espacios.

Financiados principalmente por el crédito (y parcialmente consolidados mediante acciones), los imperios alimentarios han contribuido considerablemente a crear lo que ahora conocemos como la crisis financiera. La dependencia del crédito, y la exigencia de aumentar el valor del accionariado, introducen la necesidad de generar el suficiente flujo de caja para pagar la amortización y los tipos de interés, así como para cofinanciar una mayor expansión. Por lo tanto, estas estructuras que vinculan la producción y consumo de alimentos tienen una fuerte necesidad inherente de 'exprimir' el mayor valor posible, ejerciendo una permanente presión bajista sobre los precios recibidos por los productores primarios y una presión alcista sobre los precios de los alimentos pagados por los consumidores, lo que permite una gran acumulación. Eso explica por qué los niveles masivos de desnutrición crónica coexisten con la persistente tendencia a la desactivación de la producción primaria. La tendencia a la desactivación de la producción primaria podría ser desencadenada porque los precios (en la explotación) sean demasiado bajos, mientras que los niveles masivos de desnutrición crónica se deben, en parte, a que los precios (para el consumidor) son demasiado elevados. Por ejemplo, en el período de 1980 a 2003, la mayoría de los subsectores industriales en Italia apenas experimentaron un pequeño aumento en el valor total agregado (de un índice de 100 en 1980 a 112 en 2003 para la industria química; 109 para el procesamiento de madera, 106 para el procesamiento de minerales) o incluso una disminución considerable (hasta 79 para los productos textiles, 84 para la industria automotriz, 91 para la industria química y 92 para la industria mecánica). *La única excepción fue la industria alimentaria*, donde el índice del valor total agregado aumentó de 100 en 1980 a 148 en 2003. Lo mismo ocurrió en los Países Bajos, donde el valor agregado bruto de la industria de alimentos creció desde los 22,5 millones de euros de 1985 hasta los 33 millones de euros de 1997, es decir, un 46 % en solo 12 años. Estos niveles excepcionales de crecimiento también explican por qué las grandes industrias químicas (como DSM) han empezado a invertir cada vez más en la industria alimentaria (Ploeg, 2008).

La otra cara de esta acumulación es un drenaje a gran escala de la riqueza fuera de los sectores agrícolas. Esa situación reduce la

productos de alto valor están siendo importados desde espacios de pobreza a través de los canales controlados por distintos imperios alimentarios. Típicamente, la respuesta que ayudó a superar la crisis agraria de la década de 1930, es decir, la introducción de una política agraria bien afinada, también es imposible ahora, ya que ha sido excluida por el régimen de libre comercio imperante.

capacidad de crecimiento autónomo y, simultáneamente, convierte en redundantes áreas grandes y potencialmente productivas, y a muchas de personas que cuentan con pocas alternativas aparte de ganarse la vida en la agricultura. Así pues, las 'vidas desperdiciadas' (Bauman, 2004) y el desaprovechamiento de la tierra se han convertido en un rasgo crónico de muchas zonas rurales⁵, justo como Polanyi anticipó hace muchos años. Ese mismo drenaje también afecta a la calidad de los alimentos. Los agricultores empobrecidos, que hacen frente continuamente a recursos exprimidos para sacarles el mayor valor posible, apenas pueden permitirse ofrecer el cuidado que se requiere para la producción de alimentos saludables y de elevada calidad. Pero esa no es la única amenaza a la que está sometida la calidad de los alimentos.

Parmalat ha sido uno de los distintos imperios alimentarios creados a través de ofertas públicas de adquisición (opas) hostiles, lo que ocasionó grandes deudas. Para generar el flujo de liquidez necesario para hacer frente a esta situación se diseñó un proyecto importante, que más tarde pasó a conocerse como el proyecto *latte fresco blu* (leche fresca azul)⁶. Dicho proyecto implica la deconstrucción de la leche en sus elementos constitutivos, una gama de intervenciones tecnológicas (microfiltración y repetidas pasteurizaciones) y, después, una recombinación de los diferentes (y diferentemente tratados) elementos en 'leche fresca' (Benvenuti et al. 2004). La ventaja estratégica de esta tecnología radica en que permitió salvar enormes distancias en el espacio y el tiempo. Permitted que la leche producida un mes antes, por ejemplo, en Polonia o Ucrania, pudiera transportarse, refabricarse y venderse como 'leche fresca' en Italia. En el caso de Parmalat, que controlaba el segmento uperizado (UHT) del mercado de la leche, la capacidad de establecer una vinculación entre los lugares que sufren la pobreza y el mercado italiano de alimentos (donde se paga hasta un euro y cincuenta céntimos por un litro de leche) les habría permitido conquistar el mercado de la leche fresca, controlado por el grupo Granorolo y cooperativas regionales y, en consecuencia, se habrían enriquecido enormemente. Sin embargo, el éxito del proyecto 'leche fresca azul' habría implicado una brusca marginación de los productores de leche italianos. Su 'mercado' habría sido totalmente absorbido. Para los consumidores italianos, la situación habría implicado una innegable degradación de los alimentos: pasar de la verdadera leche fresca a un producto de

5 Este fenómeno es ilustrado por los millones de agricultores a pequeña escala, especialmente en África, América Latina y partes de Asia, que sufren el hambre en sus hogares mientras sus campos están en barbecho. Esos agricultores carecen de los medios para iniciar la producción agrícola o, cuando disponen de ellos, carecen de acceso a los canales de comercialización para vender sus productos.

6 El adjetivo 'blu' se añadió para evitar problemas con la legislación italiana, que define de manera muy estricta las características de la leche fresca.

La crisis de los alimentos, la agricultura industrializada y el régimen imperial

apariciencia similar. Los imperios alimentarios necesitan (y, por lo tanto, introducen) ingeniería alimentaria para crear productos de 'alto valor' a partir de ingredientes baratos. Hay un claro vínculo entre esta necesidad y el lado cualitativo de la crisis alimentaria. Se añaden sistemáticamente aditivos como los edulcorantes, los colorantes, los suavizadores, los conservantes y los potenciadores del sabor, incluso cuando se desconocen sus consecuencias a largo plazo y sus efectos acumulativos sobre la salud humana, como en el caso de la gama de productos alimenticios 'de apariencia similar', que se amplía constantemente. Debido a la enorme magnitud de la deuda contraída, Parmalat implosionó antes de que el proyecto '*latte fresco blu*' generase suficientes ganancias. No obstante, el caso muestra claramente cómo una brusca aceleración de la crisis agraria y una ampliación de la crisis alimentaria pueden ir de la mano, y cada una puede ser requisito indispensable y resultado de la otra.

La interfaz de la industrialización de la agricultura, la liberalización de los mercados de alimentos y el auge de los imperios alimentarios han visto surgir una crisis agraria mundial persistente. La liberalización y la aparición de los imperios alimentarios han dado lugar a un endurecimiento sin precedentes de la sobreexplotación de la agricultura. Más allá de esto, los imperios alimentarios han ampliado considerablemente la brecha entre los precios en la explotación y los que pagan los consumidores. Por último, la liberalización de los mercados, y especialmente las operaciones mundiales de los imperios alimentarios, han provocado altos niveles de turbulencia que ahora caracterizan no solo el 'mercado mundial' en sentido estricto, sino también los muchos mercados nacionales y regionales de alimentos que vinculan materialmente la producción y el consumo de alimentos. Sin embargo, estos efectos son contrarios a las exigencias intrínsecas de la agricultura industrializada, que necesita previsibilidad (en contraposición a las turbulencias), precios que cubran tanto los mayores obligaciones financieras como los costos relacionados con el aumento de la utilización de insumos (en contraposición a la práctica de exprimir el mayor valor posible), y precios de consumo que permitan un aumento de la demanda (en contraposición a los precios de consumo que reducen la demanda y producen una exclusión considerable).

En resumen, los imperios alimentarios necesitan de la agricultura industrial por su capacidad para suministrar grandes cantidades de materias primas baratas y estandarizadas para su posterior procesamiento y comercio y, al mismo tiempo, tienden a destruirla. Esta contradicción particular, que se ha intensificado debido a la liberalización, ha llevado a una serie de fenómenos nuevos y permanentes: pobreza (especialmente entre los grandes agricultores), menor margen de maniobra debido a marcos

normativos asfixiantes (impuestos en parte por los imperios alimentarios y en parte por organismos del Estado), un constante deterioro del capital ecológico y un aumento sustancial en la cantidad e intensidad de las fricciones entre los agricultores y la sociedad en su conjunto. El pronunciado aumento del número de ‘alarmas alimentarias’ es solo una de las muchas expresiones de esas fricciones (en EE.UU., el número de escándalos alimentarios admitidos públicamente se ha triplicado en los últimos diez años).

EXAMEN MINUCIOSO DE LA CRISIS ALIMENTARIA

Resulta irónico que el mundo no comenzara a discutir la crisis alimentaria hasta que la perturbación de los precios de 2008 provocó malestar y temores en los espacios de mayor riqueza, principalmente en relación con las restricciones sobre el libre comercio de alimentos. El hambre crónica en otros lugares había sido desatendida durante dos décadas. Actualmente, las distorsiones del mercado de alimentos tienen alcance *global*, si bien se trata de un fenómeno altamente diferenciado, con súbitas subidas de precios de los alimentos que han provocado disturbios causados por el hambre, restricciones a la exportación y reducciones en los aranceles a la importación. No obstante, estos problemas no pueden explicarse solo por el mercado alimentario. Están muy arraigados en la crisis agraria. Lo que presenciamos en el primer semestre de 2008 es que la crisis agraria se está convirtiendo ya en una crisis alimentaria mundial y persistente⁷. Estas dos crisis no pueden examinarse aisladamente: están íntimamente ligadas. En primer lugar, el complejo agroalimentario, tal como está ordenado actualmente, presenta niveles masivos y crónicos de desnutrición crónica, principalmente, aunque no exclusivamente, en el Sur. Desde mediados de la década de 1980, unos 850 millones de personas han padecido desnutrición crónica. A pesar de toda la retórica asociada con los objetivos del milenio y similares, el mundo no ha sido capaz de reducir este vergonzoso fenómeno. La desnutrición crónica se ha incrementado durante los últimos dos años, y afecta ya a más de 1.000 millones de personas.

En segundo lugar, el complejo agroalimentario también está generando una epidemia de obesidad. Se calcula que hay más de 1.000 millones de personas obesas en el mundo (véase también Lang, 2010, *en esta publicación*). Esta situación está estrechamente relacionada con la ingeniería alimentaria (del estilo del proyecto *latte fresco blu*) y la orientación hacia la rentabilidad a corto plazo que impulsa los imperios alimentarios, la misma combinación que también provoca el flujo constante de escándalos alimentarios (Lang y Heasman, 2004).

⁷ La presión casi inevitable para introducir formas de proteccionismo es, probablemente, la mayor amenaza que presenta la crisis alimentaria para que el libre comercio gobierne el mundo.

En tercer lugar, el 'mercado mundial', como principio organizador, es intrínsecamente inestable. Produce constantes desequilibrios, inseguridades y turbulencias, y es incapaz de crear la coordinación necesaria entre la producción de biocarburantes y los alimentos. Esto agudiza la crisis agraria y da lugar a que la crisis alimentaria se extienda más aún.

LA ACELERACIÓN

Actualmente, las crisis económica y financiera están *acelerando* la crisis agraria y alimentaria a través de dos mecanismos principales. Dichos mecanismos son la reducción global del poder adquisitivo, que afectará negativamente al volumen y el valor del consumo de alimentos (y repercutirá sobre los agricultores, que venderán a precios aún más bajos) y la imposibilidad de refinanciación de todas las deudas existentes. Unidos, estos dos efectos producen un tercero apenas reconocido hasta ahora: la imposibilidad de reproducir la agricultura industrializada.

Los imperios alimentarios son muy dependientes del crédito, y lo mismo sucede con la agricultura industrializada. Estos dos sectores se han expandido mediante el principio centrado en la relación entre el endeudamiento y el capital propio. Anteriormente, las crisis en los EE.UU., más limitadas, demostraron la interrelación entre las grandes explotaciones agrícolas y los bancos rurales. Cuando las grandes explotaciones agrícolas entraron en la zona de riesgo, los bancos rurales se declararon en bancarrota, y esa situación está afectando a todas las explotaciones de la zona.

En 2007, la deuda total de la agricultura neerlandesa ascendía a 38.800 millones de euros (sin contar el capital familiar), lo que supone un aumento del 33 % en comparación con la cifra de 2002 (Berkhout y van Bruchem, 2008). La explotación agrícola media adeudaba 550.000 euros a los bancos y a otras instituciones, aunque esta cifra oculta grandes variaciones. Algunas explotaciones agrícolas tienden a ser 'libres', como se suele decir en el campo; otras, especialmente en el segmento industrializado, acumulan niveles de endeudamiento que superan con creces la media. La magnitud de la deuda total se vuelve evidente cuando se relaciona con otros parámetros: el valor bruto de la producción agrícola en 2007 fue de 22.900 millones de euros, el valor añadido neto ascendió a 6.600 millones de euros, y la renta agraria total se situó en 3.000 millones de euros. Por lo tanto, el total de las deudas fue *seis* veces mayor que el valor añadido neto por año y más de *doce* veces superior a la renta agraria anual. Si bien existen enormes variaciones internacionales en estos ratios de deudas/ingresos, la agricultura neerlandesa está lejos de ser extraordinaria en este

sentido. Segmentos importantes de los sectores agrícolas de los EE.UU., América Latina, Sudáfrica, algunas partes de Asia, Europa Oriental y el resto de la Unión Europea están mostrando niveles similares o hasta superiores, aunque a veces se deba a motivos diferentes. Los altos niveles de endeudamiento implican que, si los bancos estuvieran menos dispuestos o fueran menos capaces de refinanciar las deudas, esto podría desencadenar una venta forzosa de animales (como ocurrió en el segundo semestre de 2008 y el primero de 2009 en todo el territorio de los EE.UU.), un cierre completo de explotaciones agrícolas y/o una reducción temporal de la producción (el sector lácteo de la UE observa una desactivación notable desde mediados de 2008). La reducción de las importaciones de piensos y forrajes, que viene produciéndose a raíz del sacrificio de ganado en los EE.UU. y desactivación en la UE, será caótica para otras grandes zonas especializadas en la producción de soja, maní y yuca.

En su conjunto, las actuales dificultades de refinanciación de explotaciones agrícolas industriales altamente endeudadas y los bajos niveles de precios pagados por los imperios alimentarios establecerán una tendencia que probablemente será característica en los años venideros. Ahora son las aparentemente impresionantes explotaciones agrícolas industrializadas las que están desactivando la producción o incluso están abandonando el negocio: sus flujos de caja negativos, resultantes de precios bajos y altos costos que incluyen obligaciones financieras, no permiten ninguna otra alternativa. La tendencia estuvo latente durante varios años. Este escondido talón de Aquiles de la agricultura industrializada va en aumento y se hace más visible como consecuencia de la crisis financiera y económica generalizada. Partes importantes del segmento de la agricultura industrializada caerán en bancarrota, y entre las que logren evitarlo, muchas se opondrán cada vez más a las presiones sociopolíticas. Como consecuencia, pueden reactivarse y aflorar más tipos de agricultura campesina. La historia demuestra que esto es exactamente lo que ha sucedido durante y después de la anterior crisis agraria. La diferencia estriba ahora en que la población urbana puede ser favorable a este cambio, ya que comienza a entender algunos aspectos sobre la manera en que la reforma agraria y las crisis de alimentos están vinculadas entre sí y a la disponibilidad y calidad de los alimentos que consumen.

REFERENCIAS

Banse, M., P. Nowicki and H. van Meijl, 2008. *Why are Current World Food Prices So High?*

LEI , Report 2008-040. The Hague: LEI.

Bauman, Z., 2004. *Vite di Scarto* [Wasted Lives: Modernity and its Outcasts].

La crisis de los alimentos, la agricultura industrializada y el régimen imperial

- Rome:Edizione Laterza.
- Benvenuti, B, E. Bussi, G. Losi, C. Pignagnoli, C. Petrini, J.D. van der Ploeg and C. de Roest, 2004. *Latte vivo. Il lungo viaggio del latte dai campi alla tavola. Prospettive dopo il Parmacrack*. Reggio Emilia: Edizione Diabasis.
- Berkhout, P. and C. van Bruchem, 2008. *Agricultural Economic Report of The Netherlands*, LEI, Rapport 2008-030. Den Haag: LEI.
- Dries, A. van den, 2002. *The Art of Irrigation: the Development, Stagnation and Redesign of Farmer-Managed Irrigation Systems in Northern Portugal*. Wageningen: Circle for Rural European Studies, Wageningen University.
- EC (European Commission) Directorate-General for Agriculture and Rural Development, G5, 2006. *Agricultural Trade Policy Analysis: Agricultural Commodity Markets – Past Developments and Outlook*. Brussels: EC, G5.
- ETC Group, 2008. *Who Owns Nature? Corporate Power and the Final Frontier in the Commodification of Life*. Leusden: ETC Group.
- Friedmann, H., 1993. 'The Political Economy of Food: A Global Crisis'. *New Left Review*, no. 197: 29–57.
- Friedmann, H., 2004. 'Feeding the empire: the pathologies of globalized agriculture'. In *The Socialist Register 2005: The Empire Reloaded*, eds. L. Panitch and C. Leys, 124–43. London: Merlin Press.
- Ghosh, J., 2010. 'The Unnatural Coupling: Food and Global Finance'. *Journal of Agrarian Change*, 10 (1): 72-86.
- Lang, T. and M. Heasman, 2004. *Food Wars: The Global Battle for Mouths, Minds and Markets*. London: Earthscan.
- Lang, T., 2010. 'Crisis? What Crisis? The Normality of the Current Food Crisis'. *Journal of Agrarian Change*, 10 (1): 87-97.
- Marsden, T., 2003. *The Condition of Rural Sustainability*. Assen: Van Gorcum.
- McMichael, P., 1994. *The Global Restructuring of Agro-Food Systems*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- McMichael, P., 2009. 'Banking on Agriculture: A Review of the World Development Report 2008'. *Journal of Agrarian Change*, 9 (2): 235-46.
- Oya, C., 2009. 'Introduction to a Symposium on the World Development Report 2008'. *Journal of Agrarian Change*, 9 (2): 231-4.
- Ploeg, J.D. van der, 2008. *The New Peasantries: Struggles for Autonomy and Sustainability in an Era of Empire and Globalization*. London: Earthscan.
- Polanyi, K. 1957. *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*. Boston: Beacon Press.
- Ventura, F., 1995. 'Styles of Beef Cattle Breeding and Resource Use Efficiency in Umbria'. In *Beyond Modernization, the Impact of Endogenous Rural Development*, eds. J.D. van der Ploeg and G. van Dijk, 219–32. Assen: Van Gorcum.
- Weis, T., 2007. *The Global Food Economy: The Battle for the Future of Farming*. London: Zed Books.
- World Bank, 2007. *World Development Report 2008: Agriculture for Development*. Washington, DC: The World Bank.